

HERIDAS DE LIBERTAD, RETOS DEL BICENTENARIO



José Antonio Ulloa Cueva

Comunicador social con estudios de Maestría en Estrategias de la Comunicación en la Universidad de Lima.

L

legamos al Bicentenario de la independencia del Perú en un contexto complejo, inmersos en una encrucijada de crisis sanitaria, política, social y económica que nos debe llevar a pensar en qué realmente celebramos. Al conmemorar doscientos años de esa proclamación de libertad de 1821, es lamentable ser testigos de la esclavitud mental y espiritual que impide una plena emancipación.

El filósofo y antropólogo Jesús Martín Barbero, recientemente fallecido, planteaba la emancipación como el *"tipo de libertad que nos haga más iguales"*. En un entorno de desigualdades que surgen de un desequilibrio de oportunidades, la acentuación



Miles de manifestantes protestan, el 12 de noviembre de

de hegemonías y la gestación de privilegios, se hace más complejo construir un verdadero concepto de libertad.

Una libertad que la gran mayoría entiende como "hacer lo que cada uno quiere" sin impor-



2020, jueves en la Plaza San Martín en Lima. EFE/Aldair Mejía

tar los demás, desde donde ha sido fácil criticar y lapidar; en un mundo en el que, a decir de Barbero, *“vivimos todos y, entonces, tienes que comenzar a pensar en la mayoría; y cuando empiezas a pensar en la mayoría, te das cuenta lo difícil que es ayudar a emanciparnos personalmente”*.

Las cadenas de esa falsa libertad nos impiden reconocernos en los otros, no permiten mirar a través de los ojos de los demás y no nos dejan abrazarnos sin distinguos. Ahora me resulta difícil identificar quién es el oprimido, quién está esclavizado y a qué yugos está atado.

(E)LECCIONES APRENDIDAS



Elecciones 2021. Foto: ONPE

Es lamentable ver cómo y cuánto estamos perdiendo como sociedad y como país, a raíz de la reciente contienda electoral. Las fracturas sociales son cada vez más notorias y profundas, las heridas causadas por los enfrentamientos de candidatos y seguidores serán muy difíciles de cerrar.

menor. Solo que esta vez la sensación es más caótica y desesperanzadora.

Así elegimos a la máxima autoridad del Perú, abrumados y hartos de tanta demagogia, cinismo, irresponsabilidad y falta de ética de los candidatos. La gran lección, para que esto no ocurra nuevamente, es formar conciencia crítica en las nuevas generaciones, educar a niños, niñas, adolescentes y jóvenes con una perspectiva política y democrática, para que aprendan a valorar nuestra historia, reconozcan los problemas sociales y propongan soluciones basadas en el respeto, la tolerancia y la honestidad.

En medio de discursos plagados de odio y resentimiento, surgen mensajes de dolor y resignación, frases que más allá de mostrar una determinada postura demuestran la impotencia, el miedo y la ira de un pueblo que ha sido empujado a elegir, nuevamente, el mal

EXTREMOS RELATIVOS



Marchas frente al JNE por elecciones generales. Foto: Cesar Bueno / GEC

Estos enfrentamientos electorales han polarizado al país relativizando propuestas, antecedentes, acciones y mensajes. Entre el miedo y la incertidumbre que vivimos, se va mostrando en los medios, las redes y nuestros círculos sociales, evidencias de un relativismo preocupante que se entrelaza con un discurso de odio que da cuenta de la intolerancia de algunos frente a las opiniones contrarias. Es importante aproximarnos y comprender a ese relativismo que nos lleva a deshumanizar nuestra (co) existen-

cia. El relativismo alimenta fundamentalismos que nos muestran posturas extremistas que solo contribuyen a ahondar las brechas sociales. Los fundamentalismos ciegan al ser humano hasta el punto de perder el verdadero sentido de la vida misma, de la lucha social y de la convivencia. Los extremismos llevan a criticar y juzgar en otros lo que nosotros mismos hacemos, nos enfrenta desmedidamente y nos distancia. Doble discurso le llaman, incoherencias e inconsistencias del mundo actual que lo

que más necesita es que estemos unidos. Una muestra del egoísmo y el hedonismo al que hemos sido empujados en los últimos tiempos. Allí están quienes juzgan y lapidan a los que piensan diferente y replican ese discurso violento que ellos mismos critican. Allí están las muestras de intolerancia de aquellos que exigen respeto en su condición de minorías oprimidas y ofendidas, pero sus acciones delatan una postura excluyente con quienes consideran distintos.

LOS DE ARRIBA Y LOS DE ABAJO

Lamentablemente esta fragmentación del Perú no es nueva, arrastramos una sociedad fracturada a consecuencia de pugnas de poder en todos los sectores: político, económico, cultural, educativo, comunitario y religioso; que lo único que han logrado es avivar resentimientos, evidenciar complejos y resonar discursos de odio que, lamentablemente, han contribuido a acentuar brechas y heridas de un país que, ad portas del bicentenario de su independencia, sigue atado al yugo de la discriminación y la desigualdad.

La atomización del voto en la primera vuelta de las elecciones hace ver no solo la fragmentación en las posturas y propuestas políticas, incapaces de sumarse, unirse y hacer frentes comunes; sino también evidencian el divisionismo social y la persistente discriminación clasista que existe en expresiones de lo urbano y rural, de lo costeño y serrano, de lo cholo y lo blanco, de lo refinado y lo burdo, entre los unos y los otros; por seguir la línea crítica de José María Arguedas.

Un país en el que los de arriba y los de abajo se siguen mirando con desprecio, continúan negándose como hermanos e insisten en arrebatarse la dignidad para saborear ese poder que, muchas veces, es un pretexto para alimentar esas diferencias. Eso que el sociólogo Gonzalo Portocarrero llama el *nudo colonial*,



surgido de ese divisionismo que los conquistadores españoles generaron al instaurar una república de blancos y otra de indios. Quienientos años después nos seguimos choleando y, al parecer, aún no aprendemos a convivir pacíficamente, con respeto.

El pensamiento esperanzador del sociólogo y filósofo Edgar Morin y su apuesta por “nuevos métodos” de convivencia humana en un mundo en el que “todo está ligado”, sobre todo en una época de incertidumbres, de permanentes cambios y de valores ambivalentes; se hace más necesario para contrarrestar el odio, el fundamentalismo y el egoísmo que nos separa, nos excluye y nos mata. Precisamente por ello, es fundamental promover una educación basada en la solidaridad con el prójimo y el respeto a la diversidad para construir un mundo mejor.

CIUDADANÍA PARA EL BIEN COMÚN

Esto nos lleva a asumir el gran reto del bicentenario: formar ciudadanía para transformar al Perú. El filósofo peruano Antenor Orrego consideraba que *“la educación no es inculcar y modelar; la educación es revelar, conducir y ennoblecer. El alma humana es demasiado sagrada para que nadie tenga la pretensión de modelarla a su capricho.”*

El antropólogo y educador Elmer Robles, explica que esta revelación a la que se refiere Orrego tiene que ver con que el proceso de enseñanza aprendizaje conduce a descubrir aquello que estaba oculto, manifestándose así el conocimiento. Cuando men-

ciona que educar es conducir, se refiere a guiar u orientar a la persona de un estado inferior a otro superior en busca de un propósito. Ennoblecere a través de la educación es un aspecto fundamental en la filosofía orreguiana, pues tiene que ver con la formación de los valores humanos indispensables para la convivencia y el desarrollo cultural.

Esta búsqueda permanente de humanización de la educación se hace cada vez más necesaria, sobre todo en este tiempo de virtualidad y digitalización de los procesos de socialización, que debe exigirnos sentar bases sólidas de respeto, honestidad

y solidaridad para valorar el verdadero sentido del bien común. Es fundamental facilitar y acompañar el proceso de descubrimiento de la persona como centro no solo de un modelo educativo, sino de la sociedad misma.

Tenemos una nueva oportunidad de formar mejores ciudadanos y ciudadanas; sensibles y empáticos. Y en esto, no solo la escuela tiene responsabilidad; la familia, las universidades, los gobiernos y los medios de comunicación, también deben asumir ese enorme compromiso para sanar nuestras heridas y cambiar nuestra historia.



Gráfico: Ministerio de Cultura del Perú